

«medio de tan pobre y abyecta existencia
«soy mas feliz que pudiera serlo en medio
«de las régias pompas; que en vez de ali-
«girse por causa mia, trate mas bien de re-
«gocijarse de tener una hija al servicio del
«gran Rey de cielos y tierra. Una sola cosa
«le pido en el mundo, y es, que ore y man-
«de orar por mí á Dios; que yo así lo ha-
«go por él, y lo haré mientras viva.»

Cansado de luchar inútilmente, pártió
de allí el Conde lleno de intenso dolor. Y
la hija de los Reyes de Hungría volvió á to-
mar su rueca, y á engolfarse en la dicha de
poder realizar de antemano las sublimes
palabras que la Iglesia consagra al culto de
las que, como ella, renunciaron á todo por
amor á Jesucristo: *Desprecié por amor de
mi amado Jesús el reino del mundo, y toda la
pompa del siglo; á Jesús he visto, á él solo he
amado, en él he creído, y le antepuse á todas
las cosas.*

CAPÍTULO XXVI.

*De como la amada santa Isabel repartió toda
su dote á los pobres.*

Si dederit homo omnem subs-
tantiam domus eius pro dilectio-
ne, quasi nihil despiciet eam.

(Cant. viii, 7).

Calore charitatis
Calefacti pauperes
Iuxta prunas nuditatis
Laetantur immemores.

(Antífona de santa Isabel, en
el Breviario antiguo de los
Dominicos).

Por muy persuadido que el landgrave
Enrique estuviera de la locura de su cuña-
da, no por eso se creyó dispensado de cum-
plirle las promesas que le habia hecho: tal
vez tambien contribuiria á mantenerle fir-
me en ellas el temor al Papa, constituido
en protector de Isabel, y por otra parte la
influencia de Conrado, no menos grande
con él de lo que habia sido para con el di-
funto Duque su hermano. Fueron, pues,
puntualmente enviados á Isabel los qui-
nientos marcos de plata, que para gastos

de instalacion en su nueva vivienda le habian sido ofrecidos por el Landgrave al despedirse de Wartbourg la Santa. Oportunísima ocasion halló Isabel en este aumento de riqueza para llevar á cabo un proyecto que ya há tiempo tenia concebido, y era el de desembarazarse de una vez de todos sus bienes, cuya propiedad, pero no el goce, se habia reservado segun vimos. Redujo, pues, á metálico todos los bienes dotales que su cuñado hubo de restituírle al regreso de los cruzados, y la venta produjo dos mil marcos, suma muy respetable para aquellos tiempos. La Santa se habia propuesto, segun insinúa uno de sus piadosos historiadores, dar á estas riquezas una movilidad análoga á la breve duracion de esta mortal vida, y que pudiera por tanto conducirla con mayor seguridad á la inmóvil felicidad de la vida eterna ¹. Las joyas y aderezos que aun conservaba de los que habia traído de Hungría, y que consistian en vasos de oro y plata, telas bordadas en

¹ Omnia quae habuit vendidit, pro rebus suae dotis immobilibus res petens et acceptans mobiles, mobilem per mortem se cognoscens de mobilibus sibi satagens aeterna et immobilia promovere. (*Theod.*),

oro, y alhajas guarnecidas de pedrería de muchísimo valor ¹, fueron igualmente reducidos á dinero, y el producto de la venta de todos estos objetos, reunido al que habia rendido la de los bienes raíces, fue íntegro distribuido por su propia mano á los pobres, haciéndolo con profusion y largueza tal, que le atrajo las injurias é insultos de muchas personas que no necesitaban de aquellas limosnas, y la trataban de disipadora, desmanotada, y sobre todo de loca. Sin alterarse en lo mas mínimo por tales discursos, proseguía impávida en la tarea de comprar á precio barato la salud eterna de su alma, en cuya comparacion tenia por muy poca cosa el sacrificio de estas perecederas riquezas ². Cuando Enrique le remitió los quinientos marcos de plata de que hablamos mas arriba, formó la Santa el propósito de repartirlos sin demo-

¹ Si qua ei residua fuerant ornamenta quae in sua translatione de domo patris sui regis Hungariae attulerat, aurea et argentea vasa plurima, sericos pannos auro intextos, pretiosos et multos, et corporis ornatum ex auro copioso et gemmis nobilissimis regaliter fabrefactum. (*Dict. IV Ancill.*).

² Divitiis in omnibus eleemosynarum opibus expensis emit regnum aeternae salutis. (*Theo. nov. de Sanct. serm.*).

ra á los pobres, de una vez y en un mismo dia. Al efecto, y queriendo que su caridad tuviera una extension proporcionada á lo elevado de la suma que intentaba distribuir, mandó pregonar en todos los puntos comprendidos en el rádio de veinte y cinco leguas al rededor de Marbourg, que en el dia fijado acudieran todos los pobres á reunirse en una llanura situada cerca de Wehrda, aquel pueblo donde ella habia pasado los primeros tiempos de su pobreza voluntaria. En el dia señalado acudieron á este sitio millares de mendigos, ciegos, estropeados, enfermos y pobres de uno y otro sexo ¹, sin contar el inmenso concurso de gentes ansiosas de presenciar aquel tan maravilloso espectáculo. Á fin de mantener el órden en medio de semejante multitud, y tambien para guardar estricta justicia en la distribucion de las limosnas entre los pobres, á menudo impacientes y alborotados, la Duquesa habia dispuesto suficiente número de oficiales y dependientes robustos, con órden de tener á raya á

¹ Pauperum, debiliun, caecorum et aliorum egentium infiniter utriusque sexus undique multitudo... (*Theod.*, VII, 2). Acudieron doce mil pobres, segun el Mss. de los Bolandistas.

todo el mundo, á fin de que nadie pudiera abandonar su puesto y recibir mas de una vez la limosna en perjuicio de los otros pobres; so pena de que sobre la marcha seria cortado el cabello á cualquiera que infringiese esta consigna. Infringió esta órden una jovencilla, llamada Hildegonda, notable por su hermosa cabellera, y que fue sorprendida por los vigilantes en el acto de dejar el puesto que ocupaba en su fila para pasar á otro, á fin de estar á la vista de una hermana suya que se hallaba enferma; y al momento le fue cortada la cabellera que, al estilo de las jóvenes de Marbourg, llevaba flotando sobre las espaldas ¹. Prorumpió la jóven en amargo llanto al verse tratada de aquel modo, y empezó á dar gritos protestando que era inocente. Habiéndola llevado á presencia de la Duquesa, ésta felicitó á la desconsolada doncella de que aquel rapamiento le estorbaria por mucho tiempo el tomar parte en los bailes y regocijos profanos; y luego, guiada por el instinto profundo de las almas santas, pasó á preguntarle, si alguna vez se le habia ocurrido la idea de abrazar

¹ Uso que se conservó hasta el siglo XVII. (*P. Kochem.*).

una vida mejor. «Ya há tiempo que fuera «yo monja, respondió la jóven, á no estorbármelo el sentimiento que me causaba «el haber de sacrificar mis hermosos cabellos¹.» Llena de gozo Isabel al oír esto, exclamó: «Pues siendo así, tengo yo mas «alegría de este suceso, que si á mi hijo le «hubieran elegido emperador de romanos².» Entonces la Princesa llevó consigo á Hildegonda, la cual tomando por aviso del cielo el casual acaecimiento de aquel día, se consagró al servicio de Dios y de los pobres en el hospicio de la Duquesa.

Entre tanto, y por medio de personas fieles y seguras encargadas de la operacion por Isabel, se llevó á cabo el reparto de las anunciadas limosnas entre toda aquella multitud. La Santa en persona presidia el acto, y andaba de una en otra fila sirvien-

¹ Dudum Domino in habitu religionis famulatum exhibuissem, si non me tantum caesariei meae claritas pulcherrima delectasset. — Esta jóven hubiérase perdido, añade el historiador, por los cabellos, como le sucedió á Absalon.

² Plus igitur gaudeo de tuorum praecisione capillorum, quam de filii mei gavisura forem in Romanorum imperatorem provectione. (*Theod.*). Segun el *Passional*, lo que la Santa dijo fue esto: «Mas «que si mi hijo fuera papa, y mi hija emperatriz.»

do á los pobres, puesta una toalla al rededor de la cintura, á imitacion del Salvador cuando lavó los piés á los Apóstoles. Era cosa de ver como andaba de una parte á otra por entre aquella reunion inmensa de gente, llena de gozo y saboreando aquella felicidad de que ella era el principio y el autor; ostentando en el rostro tranquilo y sereno la alegría de que su corazon estaba colmado; dirigiendo á todos palabras afectuosas y dulces, y en especial á los indigentes extranjeros, á quienes veia por vez primera; mezclando la compasion con el gozo, la celestial sencillez con la caridad sin limites; prodigando á cada paso nuevos consuelos para nuevas é inesperadas miserias. Hallábase, por fin, tras tanto suspirarlo, esta hija de reyes en medio de una corte, la única capaz de darle contento y gusto; reina verdadera en aquel día por su heróica misericordia, situada en medio de su ejército de pobres, aparecia cual potente soberana sobre el trono¹; y á despe-

¹ Stabat medio regina gloriosa et incluta, vultu placido, corde iucundo, miserans in hilaritate, tribuens in simplicitate. Ibat succincta inter miseros consolatrix miserorum. Gaudebat in exercitu pauperum filia principis. Gratulabatur in advenis et pupillis... (*Theod.*)

cho del miserable y humilde traje que vestía, á los ojos de aquellos infelices por ella consolados aparecía deslumbrante como un sol y cubierta de vestiduras mas blancas que pura y albísima nieve.

Alzóse majestuosa y limpia la luna á boca de noche á alumbrar aquel cuadro sin ejemplo. Concluida la distribucion de los quinientos marcos de plata, los pobres con fuerzas para ello se pusieron en marcha para regresar á sus hogares; pero muchísimos que no podían hacerlo desde luego por enfermos ó débiles, se prepararon á pasar la noche en los rincones del hospital y casas inmediatas. Al verlos Isabel, siempre dominada por su inagotable caridad, dijo á las compañeras: «¡Mirad estos infelices! «se quedan porque son los mas débiles: démosles todavía alguna otra cosilla ¹.» Y mandó que diesen á cada uno seis dineros de Colonia, oponiéndose á que los niños recibiesen menos que los mayores: hizo también traer pan en abundancia, se les repartió igualmente, y despues dijo: «Quiero que para éstos sea la fiesta completa: que les hagan fuego para calentarse.»

¹ Declaracion de un testigo ocular, Isabel de nombre. (*Dict. IV ancill. 2026*).

Ejecutóse esta orden encendiendo grandes hogueras próximas á los sitios donde yacían los pobres, á quienes además mandó lavar los piés y perfumarlos. Viéndose aquellos pobrecitos tan bien tratados, principiaron á desahogarse en gritos de alegría, y luego en bulliciosos cantares. Oyólos Isabel desde su habitacion, y conmovida hasta el fondo de las entrañas, exclamó arrebatada de gozo: «Bien os decia yo: es menester hacer á nuestros semejantes todo «el bien que se pueda.» Y luego salió para donde cantaban á tomar parte en aquella alegría y regocijo.

¡Alma tierna y santa, cuán bien conociste ese secreto encantador, el secreto de la felicidad ajena! ¡tan severa é inexorable contigo misma, fuiste iniciada en toda la plenitud de este misterio henchido de dulzura y suavidad! ¡Renunciaste por completo y excluiste de tu propia vida la felicidad terrestre; pero supiste buscarla afanosa y conquistarla con generosidad perseverante para los pobres tus hermanos! ¡Ah, qué felicidad la nuestra al pensar que ahora en el cielo, donde disfrutas el premio de tu caridad fervorosa, todavía arde tu corazón con la misma piadosa solicitud

que le devoraba aquí en la tierra! ¡cuán dulce es el saber, como sabemos, que las pobres almas que te invocan en sus miserias y trabajos de esta infeliz vida, no serán abandonadas por esa inagotable piedad, ahora mas enérgica y ardiente en medio de las dichas de la inmortalidad!

CAPÍTULO XXVII.

Como la amada santa Isabel aprendia con el maestro Conrado á quebrantar en todo su voluntad.

Melior est obedientia quam victima.

(I Reg. xv, 22).

¡Ay de los que se desdennan de humillarse de voluntad con los pequeños: porque la puerta humilde y angosta del reino celestial no les permitirá entrar!

(Imitacion, lib. III, cap. 58).

Al parecer, nada faltaba ya á Isabel para colocarse en el término de aquel camino, tan valerosamente emprendido y continuado por ella; camino del amor exclusivo de Dios y de sus hermanos en Dios, y del desprecio absoluto del mundo y de to-

dos los bienes mundanos. Y sin embargo, en este maravilloso camino de la perfeccion cristiana todavía quedaban temibles obstáculos que vencer, muchas y las mas dificiles victorias que alcanzar. Poco era haber vencido al mundo y cuantas cosas del mundo podian afectar su corazon: restaba alcanzar completa victoria sobre sí misma en el reducto mas inexpugnable de la debilidad humana, que es la voluntad. Por muy pura, ávida del cielo y totalmente desprendida de las cosas terrenas que esta voluntad se hallase, era preciso todavía que en nada ni por nada se elevara por sus propias fuerzas; sino que se doblara dócil y flexible á cada soplo de la voluntad divina cual espiga cargada de granos, hasta que llegara el momento de ser cortada para la eternidad por mano del Segador divino.

Maese Conrado de Marbourg, á quien el Papa habia especialmente encomendado la direccion de aquella preciosa alma, y que sabia apreciar, y poner en su punto, de cuanto era esta alma capaz tocante al amor divino, resolvió conducirla al término supremo de la perfeccion evangélica por una via que, en verdad sea dicho, ha de pare-